Historia verdadera y auténtica del famoso caballero

Madrid

[1894?]

# BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
## PRESERVATION OFFICE
## CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

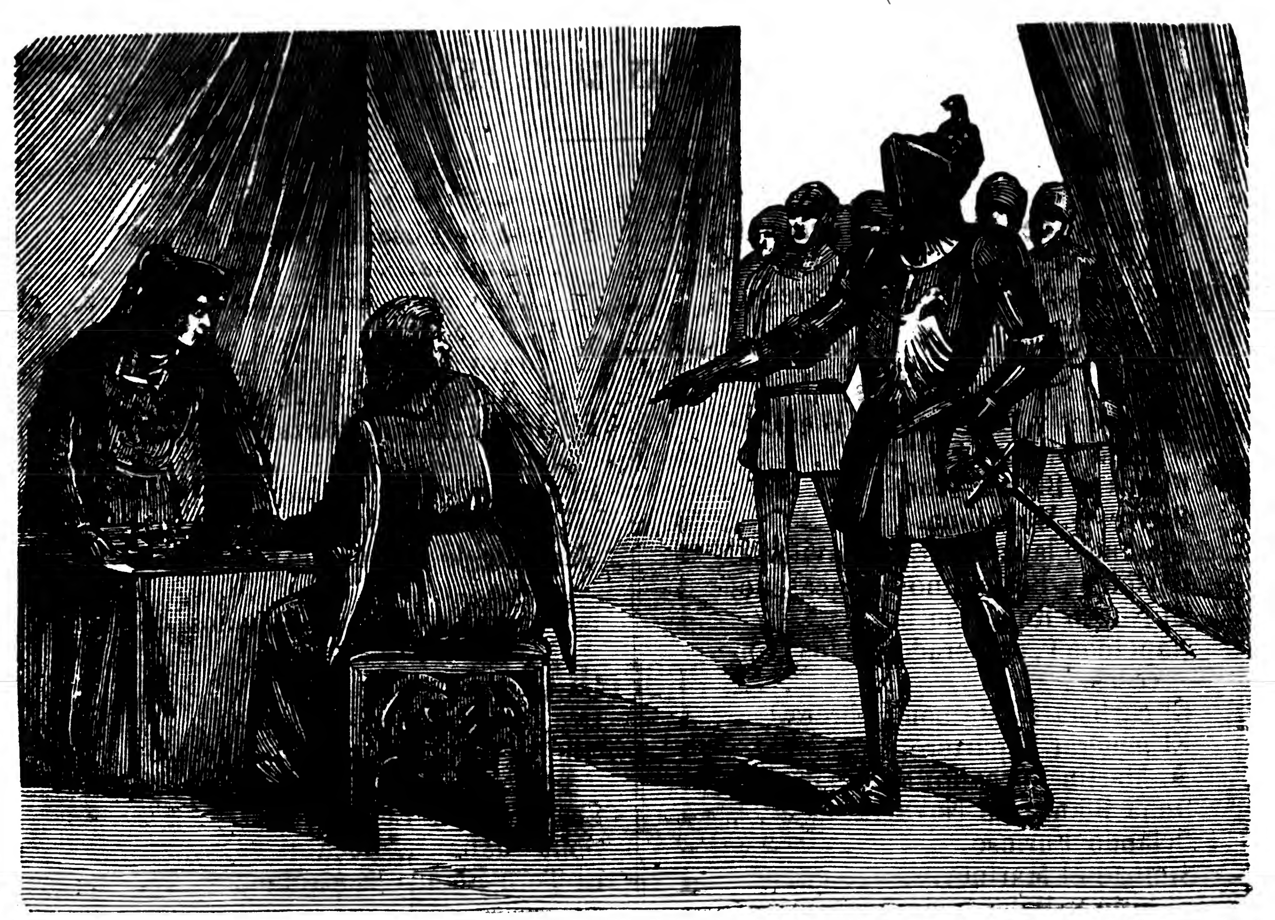
## RLG GREAT COLLECTIONS
## MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
## JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00042.17

Control Number: ADT-2357
OCLC Number : 29681269
Call Number : W 381.568 H629 v.2 HISVE
Title : Historia verdadera y auténtica del famoso caballero del guila roja.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1894?]
Format : 32 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: El caballero del aguila roja.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: CS

(CUATRO PLIEGOS.)



# HISTORIA

VERDADERA Y AUTÉNTICA DEL FAMOSO

# CABALLERO DEL ÁGUILA ROJA.



MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD

# EL CABALLERO DEL AGUILA ROJA.

## CAPÍTULO PRIMERO.

*De cómo andaban las cosas en Castilla durante la menor edad de Don Fernando IV* el Emplazado.

Durante los tiempos de la menor edad del rey de Castilla D. Fernando el IV, conocido por el *Emplazado*, el país estaba en completo desasosiego merced á la lucha que entre sí tenían los distintos y opuestos bandos que se disputaban las riendas del gobierno, amargando los dias de la ilustre reina madre, encargada de la regencia, y que por sus virtudes, gran capacidad para el gobierno y nobilísimo corazón le ha dado la historia el nombre de *Doña María la Grande*.

Desde la muerte de su esposo D. Sancho IV el *Bravo*, esta excelsa señora sufría grandes aflicciones y pasaba por las más crueles pruebas, pues los nobles del reino querían, á pretexto de formar un consejo de regencia que mandase en nombre de D. Fernando, mientras éste llegaba á su mayor edad, apoderarse de todas las rentas, señoríos y prebendas de que habían sido privados por anteriores rebeldías por el difunto rey D. Sancho; así es que el estado del país no podía ser más lamentable.

Empobrecido el país, mermadas las rentas del real Erario, desconocida la autoridad legítima de la reina madre y llevado el rey D. Fer-

nando de los falsos consejos de los nobles que le rodeaban para indisponerle con su madre, no podía ser más triste el estado de Castilla, cuya dominación se disputaban los rebeldes, manteniendo grandes mesnadas de ballesteros y gentes de armas, que ejercían toda clase de coacciones y presiones sobre el poder real.

Las tropas de la reina D.ª María, mal pagadas á causa de la pobreza del Erario, eran insuficientes para tener á raya las demasías de los nobles; pero la gran entereza de la reina madre suplía estos inconvenientes, escudada en la legitimidad de sus derechos á gobernar por sí sola el reino durante la minoridad de su hijo, los cuales habían sido solemnemente otorgados ante toda la Córte y grandes magnates de Castilla por el rey D. Sancho desde su lecho de muerte momentos antes de espirar.

De todos los ambiciosos que perturbaban el reino, los más temibles eran los infantes D. Enrique y D. Juan, ámbos tíos del rey, los cuales habían logrado apoderarse de la voluntad del jóven monarca, indisponiéndole con su augusta madre, en términos que la desventurada reina pasaba por el duro trance y cruel dolor de contar á su hijo como el primer rebelde de todos y el más peligroso, puesto que no tenía la reflexión necesaria para comprender que lo que ambicionaban sus tios era arrebatarle la corona y medrar á costa de los bienes del rey.

El pretexto de que se valían los infantes D. Enrique y D. Juan para perturbar el reino y mantener por medio de las armas sus derechos á la corona (si bien á su sobrino el rey le decían que sólo aspiraban á encargarse de la regencia), era que por haber sido el rey D. Sancho el *Bravo* maldecido por su padre D. Alfonso el *Sábio* en la hora de la muerte, había perdido sus derechos á la corona, la cual había usufructuado indebidamente. Además, y por lo que toca á los derechos de D. Fernando el IV su sobrino, decían que no eran legítimos, porque su padre D. Sancho y la reina D.ª María de Molina, su madre, eran primos y se habían casado sin obtener la dispensa del Papa, por cuya razón no era válido el matrimonio ni podía considerarse como legítimo para los efectos de sucesión á la corona.

Pero todo esto no eran más que añagazas y pretextos para justificar á los ojos del pueblo sus ambiciones y sus rebeldías, pues si bien D. Sancho había sido maldecido por su padre á causa de haberse rebelado contra él, tambien es cierto que el rey sábio le perdonó, con lo cual dicho se está que, como su hijo primogénito, le reconoció todos los derechos de sangre y de justicia que le autorizaban y legitimaban en la sucesión del trono; y por lo que hace á no haber sido dispensado por el Papa el parentesco que unía á D. Sancho y D.ª María, tampoco era una razón de gran peso, porque á parte de que el sumo Pontífice había manifestado diferentes veces, durante el reinado de D. Sancho, su amistad y cariño á este monarca, así como á su esposa, no tenía ningun valor ni fuerza moral el hecho de que hubiese negado la dispensa, pues habiéndose verificado el matrimonio por ante la

Iglesia, bien se comprende que era legítimo aun cuando aquel requisito le faltase, habida razón á que los matrimonios entre parientes próximos de la sangre real es un hecho admitido y tolerado por cuestiones de Estado, y además muy frecuente, aun entre los vasallos de la más ínfima clase, lo cual demuestra que el matrimonio celebrado entre primos no está prohibido por la Iglesia de un modo absoluto.

Sea como quiera, lo cierto es que el reino de Castilla estaba pobre y esquilmado, y como si esto fuera poco, en plena guerra civil. La reina no tenía servidor más fiel que el noble caballero D. Alonso de Guzmán, apellidado el *Bueno*, por el heroismo con que defendió durante el reinado de D. Sancho la plaza de Tarifa, cercada por fuerzas agarenas comandadas por el infante D. Juan. D. Alonso era un cumplido caballero, en cuya lealtad descansaba la reina, pero no podía atender á todos los sitios donde era preciso, y á la sazón estaba en Toledo para proteger á la reina viuda y al jóven rey de las asechanzas de los nobles, los cuales eran cada día más exigentes y díscolos, hasta el extremo de que la corona de D. Fernando el IV se hallaba en verdadero peligro.

## CAPÍTULO II.

*Del extraño suceso acaecido á la infanta mora Zaida, hija del rey de Granada, y de su conversión al cristianismo*

Un día, después del toque de las oraciones y en ocasión de que D. Alonso de Guzmán el *Bueno* se hallaba en su cámara del Alcázar real de Toledo, recibió aviso de que le quería ver una mora que se había presentado preguntando por él. Era la hora en que el crepúsculo de la tarde se iba amortiguando para dejar libre el campo á las tinieblas de la noche. Llovía á cántaros y un viento impetuoso se oía bramar con furia, todo lo cual revela que no era tiempo á propósito para visitas, y mucho ménos de una mora, pues en Castilla, por aquel entónces, estaban libres las villas y ciudades de sarracenos.

Por todas estas razones se comprende la sorpresa que le produjo al noble Guzmán la noticia de semejante visita, y mucho más á tales horas, con un tiempo tan desapacible; pero como cumplido caballero que era, mandó aviso de que inmediatamente la hicieran pasar, y mayor fué todavía su admiración al encontrarse frente á frente con una gallardísima dama mora, que por su continente revelaba ser de clase muy principal. Ella se le quedó mirando un buen rato, envuelta como iba en un hermoso jaike, y exclamó sumamente conmovida:—Sin du-

da el honrado y bravo caballero D. Alonso de Guzmán, llamado el *Bueno* por su heroismo, no me reconoce.—Quedóse Guzmán suspenso ante tan cumplido como cortés saludo, sin acertar quién fuese la mora, ni cómo podía ser que estuviese en Toledo. Viendo ésta que Guzmán no daba señales de conocerla, dijo:—¿No conoceis á Ben-Yusuf-ben-Nazar el Ansarí?—Ciertamente, dijo D. Alonso. Ese nombre es el del bravo rey de Granada, nuestro aliado, cuya caballerosidad y riqueza solo pueden compararse á su gran discreción.—¡Oh, dijo visiblemente conmovida la mora, bien se echa de ver que toda la hidalguía castellana se alberga en vuestro pecho.—Seguidamente la mora refirió cómo el rey de Granada, con ser muchos y grandes los tesoros que poseía, guardaba uno verdaderamente inapreciable, cual era su hija Zaida, la cual no era otra que la propia mora que estaba hablando. Admiróse Guzmán de nuevo ante semejante noticia, por constarle que efectivamente el rey de Granada adoraba en su hija hasta el extremo de encerrarla donde ojos humanos no la viesen, habiéndola visto Guzmán por casualidad en una cacería á que el rey moro le invitó en cierta ocasión en que fué á Granada comisionado por su señor el rey don Sancho para cierto negocio relacionado con las kabilas del Riff.

Testificó la mora el suceso y refirió como habiendo sido robada por el infante D. Juan, habían llegado á Toledo, momentos antes, á jornadas dobles, y que siendo encerrada, había logrado escaparse dirigiéndose al Alcázar á ponerse bajo la protección de la reina D.ª María, y de Guzmán. Tan pronto como éste oyó pronunciar el nombre del infante D. Juan, alterósele el rostro de coraje, pues él fué quien para obligarle á entregar la plaza de Tarifa tuvo la crueldad de amenazarle con degollar á un hijo de Guzmán si éste no se rendía á discreción, cobardía insigne á que éste contestó arrojando un cuchillo desde lo alto de la muralla, diciendo:—Si no tienes arma con que consumar tu bárbara amenaza, ahí tienes mi cuchillo, porque cien hijos que tuviera los sacrificara antes que hacer traición á mi pátria y á mi rey.—El infante D. Juan degolló al niño, pero no consiguió doblegar la noble entereza de Guzmán ni penetrar en Tarifa, y desde entónces entre los dos había un ódio á muerte que nada era capaz de extinguir.

Continuando Zaida en su relato dijo que como cinco noches antes, estando ella en su cámara de la Alhambra de Granada, recogida en su lecho, penetró el infante D. Juan, que á la sazón era huésped del rey moro, en la estancia donde ella estaba, intimándola á que le siguiera bajo pena de muerte, y que de este modo se había consumado el rapto, sin otra intención á su parecer que la de exigir un crecido rescate, con cuyo importe atender al sostenimiento de sus mesnadas é imponer por la fuerza su voluntad ambiciosa á la desgraciada reina doña María.

Del mismo parecer fué Guzmán, quien se hacía cruces de la gran audacia del infante, y dijo á Zaida que no temiese, que desde aquel mismo instante se hallaba bajo su protección, y que si quería ver á la

reina y referirla todas sus cuitas, sería bien recibida. Asintió Zaida á las nobles proposiciones de D. Alonso de Guzmán, y pasado aviso á la reina D.ª María fueron inmediatamente introducidos en su real cámara.

Era la reina D.ª María una señora joven y hermosa, cuya belleza hacían resaltar sobre su cabeza las blancas tocas de la viudez. Hallábase reclinada sobre un viejo sillón de baqueta examinando unas cartas que le habían sido dirigidas por el rey D. Pedro de Aragón sobre el señorío de ciertas villas y ciudades, agregadas indebidamente según él á la corona de Castilla.

Enteróse la reina de todo cuanto ocurría y abrazó con mucho cariño á la desgraciada infanta mora Zaida; apesadumbróse mucho de la infamia de D. Juan y repitióle lo mismo que ya le había dicho Guzman, es á saber, que mientras estuviese bajo su protección nada tenía que temer, y para mayor seguridad fué admitida como dama de honor de la reina D.ª María.

En esto, se mandaron cartas reales á Granada participando al rey Yusuf el resultado de la aventura; pero los emisarios volvieron diciendo que el rey moro renegaba de su hija y no la quería ver más, pues decía que antes de consentir en ser robada tan villana y rastreramente debería de haberse dado muerte. Lloró Zaida el triste resultado de la embajada, y la reina D.ª María la consoló diciendo que en ella encontraría, además de una dulce amiga, una verdadera madre. Tanto conmovieron á Zaida las afectuosas razones de la reina y tal impresión le causaron sus edificantes prácticas religiosas, que manifestó deseos de bautizarse y de ser cristiana bajo la advocación de la Santísima Vírgen, madre de los desamparados, con cuyo motivo regocijósele el ánima á la reina.

Corrió la nueva del suceso por toda la Córte, y de allí á pocos dias fué la ceremonia del bautismo, con asistencia del rey niño D. Fernando el IV, que á la sazón tendría unos diez y seis años, y Zaida recibió el agua bautismal de manos del reverendo arzobispo de Toledo, cambiando su nombre por el de D.ª María de Granada, siendo sus padrinos la reina D.ª María la *Grande*, madre del rey, y el noble caballero D. Alonso Perez de Guzmán el *Bueno*, y se celebró la conversión con grandes fiestas oficiales y regocijos públicos.

De allí á poco tiempo se recibieron á la vez cartas pontificias con la bendición del Papa para la infanta mora convertida, y otras del rey Yusuf llena de insultos para su hija y el infame raptor que había arrebatado al desgraciado monarca moro su mayor dicha, cual era su hija, en la que tenía puestos sus cinco sentidos y constituía su mayor gloria.

---

## CAPITULO III

*En que el rey se enamora de Zaida, y cómo ésta, para curarle de sus insensatos amores, determina ausentarse de la Córte.*

La infanta mora, ó sea D.ª María de Granada, era muy hermosa y además era de un carácter dulce y apacible y de un valor moral extraordinario. Su padre, el rey Yusuf, la había llevado á sus cacerías, y siguiendo una costumbre árabe había hecho tomar parte muy activa á su hija en simulacros de guerra, con objeto de adiestrarla en los combates, por cuya razón, Zaida sabía disparar á toda perfección una flecha, dar un bote de lanza, refrenar un caballo ó saltar una zanja. Era pues una mujer digna de su época, que á la juventud y belleza de la más atildada dama unía el carácter firme, la voluntad de hierro y la energía y acción rápida de un guerrero. Por todas estas causas, D.ª María de Granada se atrajo en seguida todas las simpatías de la Córte, y todos se disputaban á porfía el honor de saludarla.

El joven rey D. Fernando, de carácter impetuoso y voluble, se enamoró bien pronto de Zaida, con una de esas pasiones violentas, irresistibles, devastadoras, que todo lo arrollan y ante nada se detienen; pero como estaba prometido en matrimonio á la hija del rey D. Dionis de Portugal, llamada Constanza, y sabía que este matrimonio obedecía á altas razones de Estado, guardó en su pecho el volcán que lo devoraba, temeroso de provocar un conflicto y amargar las horas de su madre la reina D.ª María, que había concertado esta boda fundada en poderosos motivos políticos.

A pesar de su reserva, el joven rey no se podía dominar delante de Zaida, y un temblor nervioso y un fuego extraordinario que se escapaba de sus ojos denunciaron á la bella infanta mora el estado en que se encontraba el rey. Zaida hubiera amado al rey por su hermosura varonil y aquella entereza de ánimo heredada de su padre el rey don Sancho el Bravo; pero el considerar de una parte la juventud de don Fernando, y de otra su carácter voluntarioso y díscolo para con su madre, agregado á la circunstancia de dejarse dominar y conducir por el astuto y malvado infante D. Juan, hicieron que Zaida, lejos de acoger la pasion del rey con benevolencia, la notase con sobresalto y temor.

Las prendas personales del rey no eran las más á propósito en lo moral para deslumbrar á una mujer del temple, la discreción y el talento de Zaida. Ella tambien tenía en sus venas la sangre ilustre

de cien reyes de su raza y no podía sentir orgullo ninguno en arrastrar á D. Fernando en aquel amor que hubiera halagado la vanidad de cualquiera otra mujer. Zaida sabía bien que el rey estaba codicioso de su belleza aun cuando él mismo no se daba cuenta de lo que sentía, absorbido como estaba por la influencia magnética que Zaida ejercía sobre él; comprendía que aquel amor hubiese sido una perturbacion en los planes de la reina D.ª María, y que en ningún caso había de ser acogido favorablemonte en Castilla, dado su origen mahometano, ni había de hacer finalmente la felicidad de él ni la de ella.

A medida que el tiempo pasaba, la pasión del rey por Zaida iba tomando un incremento aterrador. Ya no se limitaba el rey á devorarla con los ojos, sinó que la perseguía y la hablaba con entusiasmo de lo dichoso que sería mereciendo una sola mirada de compasión de la mora. El infante D. Juan, consejero del rey, y á quien Zaida había burlado escapándose del encierro en que la había puesto al llegar á Toledo, estaba ansioso de venganza y solo anhelaba la perdición de Zaida, por cuya razón impulsaba al rey á que no desmayase en sus propósitos. La situación de Zaida se iba haciendo cada día, por esta causa, más intolerable en la Córte de Castilla.

Temía la infanta mora que la reina D.ª María llegase á descubrir las impuras y locas pretensiones de su hijo, y que creciendo la pasión del rey pudiera llegar el caso de que D. Fernando se negase al matrimonio con D.ª Constanza de Portugal; así es que no veía más medio de apagar el incendio que consumía el corazón juvenil del rey que marcharse de Castilla; pero ésto era más fácil de decir que de ejecutar, pues aparte del afecto entrañable que sentía por D.ª María la *Grande* y por Don Alonso de Guzmán, sus protectores, ¿á dónde se dirigiría? A Granada no era posible, pues el rey Yusuf la había maldecido. ¿Iría á un convento? Esto repugnaba en alto grado á la noble infanta mora; y se comprende, porque en aquella época las comunidades eclesiásticas y religiosas no eran lo que son hoy, lugares de recogimiento para el espíritu, sino verdaderas fortalezas, focos de rebelión á la corona y muchas veces guaridas de conspiradores, que buscaban refugio en las abadías y monasterios al abrigo de los fueros é inmunidades monacales, que nadie ni el mismo rey sería osado á quebrantar.

Difícil por consiguiente era la situación en que los amores del rey habían colocado á D.ª María de Granada, pues su singular belleza era perpétuo incentivo á los apetitos del rey, que le impedían por propio decoro permanecr al lado de la Córte, y su aislamiento de toda clase de relaciones sociales le impedía encontrar un asilo seguro donde guarecerse. Por carecer de recursos no se apesadumbraba Zaida, porque las joyas que adornaban su cuello, sus orejas, sus muñecas y sus dedos, eran de un valor tan subido, que bastaban para asegurarla la existencia, si las vendía, para todo lo que le restaba de vida.

En este estado las cosas, la reina D.ª María se veía cada vez más apurada con las ambiciones de los nobles y las irreflexiones del rey su

hijo, cuya voluntad estaba por completo subyugada por sus tíos los infantes D. Juan y D. Enrique, es decir, por los dos mayores enemigos de D.ª María la *Grande*, toda vez que ciegos de ambición y poderío y haciendo valer sus derechos de familia aspiraban nada menos que á sustituir á la reina madre en la regencia y gobierno del reino, convocando Córtes en las cuales se decretase con asentimiento del rey que la regencia pasase á los dichos infantes ínterin D. Fernando el IV llegase á su mayor edad y pudiese gobernar por sí mismo el reino.

No se le ocultaba á la reina D.ª María ni á su noble y leal consejero D. Alonso Perez de Guzmán el Bueno, cuáles eran los verdaderos designios que tenían los infantes D. Juan y D. Enrique; es á saber, convocar Córtes en que la parcialidad oscureciese el verdadero deseo de los pueblos, y una vez dueños de la regencia provocar al poco tiempo conflictos interiores de los cuales resultara que la autoridad legítima de D. Fernando fuese desconocida y perdiese la corona que iría despues á parar á cualquiera de los dos infantes tutores del rey, aquel que más intrigante fuese ó se diera mejor maña para vencer ó desembarazarse de su rival; por eso la reina quería á todo trance apartar á su hijo de la compañía de sus falsos consejeros, y veía con dolor que el rey lejos de obedecerla perdía lastimosamente el tiempo en cacerías y diversiones que organizaban los infantes y que mermaban el bolsillo del joven monarca de un modo extraordinario.

Por esta causa, la noble y animosa viuda de D. Sancho el Bravo pasaba amargos ratos, en los que le consolaba la infanta mora doña María de Granada; pero todo ello era insuficiente para conjurar los peligros que la rodeaban, á que se agregaba el dolor de tener que irse desprendiendo de sus mejores joyas para que al rey su hijo no le faltasen recursos para sus diversiones, y al mismo tiempo para pagar á la servidumbre real los salarios que devengaban. La reina D.ª María, cuando llegaban estos trances apurados, tenía por costumbre valerse de un moro converso establecido en las afueras de Toledo, el cuál era muy rico y le facilitaba los recursos que necesitaba, dejándole en prendas sus más valiosas joyas, que recuperaba despues cuando devolvía al moro sus caudales. De este modo, aquella ilustre señora, modelo de madres y de reinas, salía de sus apuros sin que la majestad de su rango padeciese lo más mínimo con empréstitos oficiales, que sobre ser ruinosos para la administración pública redundaban en desprestigio de la corona.

El moro, que estimaba mucho á la reina, facilitaba con la mayor reserva todos los recursos que podía, contentándose con un módico interés, y de este modo nadie sabía los apuros que pasaba la ilustre reina. Zaida tuvo por esta causa ocasión de conocerle, y los vínculos de raza vinieron á producir entre ella y el moro converso una verdadera, franca é íntima amistad. Este moro se llamaba Bindaez, y consideraba á Zaida como lo que era, es decir, como su reina, toda vez que era hija única y legítima del rey de Granada Yusuf-ben-Nazar el Ansarí. Esta

circunstancia vino en auxilio de Zaida y creyó que tal vez el moro Bindaez le podría servir de mucho en la adopción de los medios más convenientes para que pudiese alejarse de Castilla aun cuando no fuese más que momentáneamente, para que léjos de la presencia del rey perdiese éste la afición á la mora y no se malograsen los planes de la reina D.ª María, ni se comprometiese la tranquilidad y sosiego de Castilla.

## CAPÍTULO IV.

*De cómo aparece en campaña el caballero del Aguila Roja, y del valor y arrojo de sus ballesteros.*

Cada día era más difícil la situación de la reina D.ª María para acallar las ambiciones de los nobles, y para desbaratarlas y asegurar la corona en las sienes de su hijo no había más remedio que apresurar las bodas de D. Fernando y D.ª Constanza, y convocadas las Córtes generales del reino adelantar el plazo de la mayor edad y entrar al gobierno de sus pueblos y al disfrute de todas las inmunidades, derechos y privilegios reales. El partido de la reina, aunque era el más numeroso, pues contaba con la simpatía de todos los pueblos, era el más débil, porque no tenía las tropas necesarias para hacerse respetar, y las pocas que había estaban mal pagadas. En cambio los rebeldes infantes tenían á su disposición fuertes mesnadas de ballesteros de maza y otros hombres de armas, los cuales vivían sobre el país, saqueando los pueblos y vejando á los habitantes con toda clase de exigencias en viandas y efectos de guerra.

Zaida veía con profundo pesar el estado de los negocios y lo mal que correspondía el rey á los sacrificios que por conservale la corona estaba haciendo su valerosa madre, y apesadumbrada con esto y además con sus propias cuitas determinó el ir á visitar á Bindaez, con todo recato y sin que nadie se apercibiese. Al efecto una tarde de invierno, ya cerca del oscurecer, se dirigió ocultamente á casa del moro, que sorprendido por la visita la recibió todo confuso, al verse honrado con la presencia de la infanta. Zaida le indicó que no se admirase de nada y le explicó la situación difícil en que se encontraba y que venía á que Bindaez le prestase un gran servicio, el cual era el de reducir á moneda castellana parte de las joyas que llevaba. El moro, muy satisfecho de poder servir de algún provecho á la hija del rey Yusuf, le manifestó que todo cuanto era y valía estaba á disposición suya, sin que Zaida tuviese necesidad de dejar en rehenes ninguna de sus joyas.

Agradecida Zaida á las nobles manifestaciones de Bindaez, le dijo que puesto que le hallaba en tan buena disposición quería honrarle confiándole sus proyectos. Le enteró de que por la pasión del rey

le era imposible permanecer por más tiempo en la Córte y que por el mucho afecto que tenía á la reina D.ª María y lo muy necesitada que ésta se hallaba de buenos y leales servidores, había determinado levantar una pequeña partida de hombres de guerra que peleasen al servicio de la reina y molestasen en sus correrías y rapiñas á los rebeldes infantes, para lo cual era preciso tomar á sueldo gentes de armas que fuesen capaces de secundar sus planes. Bindaez halló el proyecto muy laudable, y preguntó á Zaida que quién iba á ponerse al frente de aquella tropa, á lo que la animosa infanta mora respondió con la mayor sangre fría:—Yo misma.—Pasmado se quedó el viejo moro ante semejante respuesta, pero vista la tenacidad y seguridad de Zaida no tuvo más remedio que bajar la cabeza y pasar por todo, aunque se le hacía muy duro que una dama de tan finos modales y tan delicado cútis como D.ª María de Granada pudiese ponerse al frente de gente tan indómita, soez y grosera como eran los hombres de guerra que se tomaban por entonces á sueldo y que no reconocían más bandera ni justicia que aquella que les presentaba el jefe que los pagaba.

Zaida exigió á Bindaez juramento de que en ninguna ocasión ni tiempo había de revelar á la reina D.ª María ni á nadie sus propósitos, y obtenida esta promesa mandó á su buen servidor que tomase á sueldo hasta diez mozos de brío capaces para el duro ejercicio de las armas. Hízolo así Bindaez, y como en aquellos tiempos había siempre gentes de armas dispuestas á entrar al servicio de quien mejor les pagase, bien pronto ajustó y contrató diez ballesteros capaces de resistir el empuje de ciento. Compró asimismo los caballos, arneses, armas y equipos necesarios para esta pequeña compañía, y cuando todo estuvo dispuesto se presentó á Zaida, la cual firme en su propósito trocó su traje finísimo de doncella por el rudo arnés del guerrero, y bajo juramento que exigió á Bindaez de no descubrir su secreto, se puso en el peto, á guisa de escudo señorial, un aguila rampante roja, como distintivo de guerra.

Cuando estuvo perfectamente disfrazada, se presentó á Bindaez, que se quedó suspenso de admiración viendo el aspecto marcial de la infanta, que tenía todas las trazas de un bello y joven guerrero. Ella sonriendo le dió un cariñoso apretón de manos, y pidiendo un pergamino dirigió un mensaje de despedida á la reina, diciéndola que razones graves que acaso le podría revelar algún día le impulsaban á separarse de su lado, pero que desde cualquier punto que estuviese y cualquiera que fuese la suerte que Dios la deparase siempre la amaría y reverenciaría. Nada le decia de su nuevo género de vida, y cuando hubo terminado el escrito lo firmó y se lo dió á Bindaez con encargo de que lo entregase á la reina, sin decir cómo ni cuándo se lo había entregado ni mucho menos cuáles eran sus planes y propósitos.

Sin perder más tiempo montó á caballo, enristró la lanza y picando espuelas se dirigió al galope al encuentro de sus ballesteros,

que ignorantes de la verdadera condición de su jefe le estaban esperando en un campo cercano. Hízoles prestar juramento sobre la cruz de su espada de consagrarse por entero al servicio de la reina D.ª María y del rey D. Fernando, y una vez cumplida esta ceremonia mandó formar en ala á los ballesteros, todos á caballo, y separándose algunos pasos del grupo exclamó con tono imperioso y firme:—Yó, el caballero del Aguila Roja, que os tomo á sueldo en nombre de mi señora la reina D.ª María de Molina y del rey D. Fernando el IV, os prometo paga limpia y segura y os exijo ciega obediencia. Á tiempo estais de aceptar ó renunciar el compromiso que os propongo, pero os advierto que una vez aceptado me respondeis con vuestras cabezas de vuestra lealtad.—Un hurra de entusiasmo acogió sus palabras, pues los ballesteros, á quienes pareció muy bien su jefe que tomaban por un gallardo y joven príncipe extranjero que venía en auxilio de la reina, juraron y prometieron con la mayor solemnidad ser fieles á su capitán siempre y cuando que la paga fuése larga y corriente.

No esperó á más Zaida, y haciendo caracolear á su hermoso caballo se lanzó á galope por la ribera del Tajo seguido de sus bravos ballesteros. Al oscurecer cayeron de improviso sobre unos cuadrilleros de la Santa Hermandad de Toledo, que llevaban en prisión á unos pobres diablos, y copándolos en masa fueron desarmados. El caballero del Aguila Roja, como en lo sucesivo llamaremos á la esforzada infanta mora Zaida, encarándose con el jefe de los cudrilleros le dijo:—Id á la reina D.ª María y decidla que de hoy más se pone á su servicio con toda su gente el noble y esforzado caballero del Aguila Roja con su mesnada, para desbaratar los planes de los ambiciosos, y que en prueba de su poderío y fortaleza os ha copado con toda vuestra gente y os vuelve á poner en libertad, con la expresa condición de cumplir este mi encargo, el cual os ha de costar la vida si dejais de acatarlo cual se merece. Ofreció el jefe de los cuadrilleros cumplirlo, y en esta promesa fué puesto en libertad con toda su gente, así como á los prisioneros que traian, los cuales se holgaron mucho del encuentro que los libertaba de la esclavitud temporal á que iban condenados.

Durante varios días estuvieron haciendo correrias, durante las cuales el caballero del Aguila Roja se acreditó de bravo entre sus ballesteros, pues había dado gallardas pruebas de la firmeza de su brazo rajando de arriba abajo de un golpe de lanza una añosa encina y había desbaratado en un encuentro á un soldado de las mesnadas rebeldes, que sin duda iba de comisión á varios pueblos á pedir raciones para sus compañeros. Los del Aguila Roja estaban contentísimos con su capitán, si bien sentian que no les diese franqueza ni tolerase la más mínima falta. Durante las marchas no les permitía hablar, y era tal la pericia y acierto con que los mandaba y tanto el aplomo y seguridad que siempre demostró en el ejercicio de las armas, que su prestigio llegó al colmo.

Las pagas eran, como había prometido, largas y puntuales, y con esto no necesitaban más aquellos bravos para estar satisfechos y dispuestos á dar la vida por su capitán si necesario fuese, así como por la reina D.ª María y el rey D. Fernando. Por la noche acampaban en tiendas si el tiempo lo permitía ó pedían alojamiento en nombre del rey en las aldeas y caseríos de las inmediaciones, pagando el gasto con toda escrupulosidad con gran sorpresa de los aldeanos, acostumbrados á exacciones y tributos forzosos que les imponían los poderosos señores que con sus mesnadas traían alarmados á los pueblos y amedrentados á los leales vasallos de la reina, por todo lo cual se extendió bien pronto por toda la comarca la nueva de la brillante y lucida compañía que mandaba el bravo caballero del Aguila Roja, cuyo valor y fortuna corrían en lenguas de todos, promoviendo la envidia y la admiración en unos y el temor y el sobresalto en otros.

## CAPITULO V.

*De la sorpresa que produjo en la Córte la desaparición de Zaida y del audáz hecho de armas realizado por el caballero del Aguila Roja.*

Grandes sorpresas proporcionó en toda la Córte de Castilla la desaparición de Zaida ó sea de D.ª María de Granada. La reina principalmente estaba con gran sobresalto, pues aun cuando nada había dicho respecto á la conducta de su hijo el rey, no por eso dejó de advertir su funesta pasión y de alarmarse profundamente ante los resultados que pudieran sobrevenir; así es que cuando se le presentó Bindaez con el pergamino de Zaida le acosó á preguntas; pero el fiel moro se encerró en una absoluta reserva, no diciendo otra cosa sino que se lo había llevado un desconocido á su casa con encargo de ponerlo en manos de la reina, sin que pudiese suministrar más detalles.

Bien comprendió la ilustre señora que Bindaez no decía la verdad, y sospechando que la desaparición de la mora obedecía á alguna torpeza del rey lo mandó llamar á su cámara, y con tono severo le increpó preguntándole la causa de que D.ª María de Granada hubiese tenido necesidad de ausentarse. El joven monarca balbuceó mil excusas, y como verdaderamente no sabía nada de la fuga de su idolatrada Zaida, no pudo suministrar á la reina ningún detalle, lo que disgustó á ésta muchísimo por creer que se le ocultaba la verdad. El rey por su parte no estaba menos alarmado que su madre con la desaparición de Zaida, y pensando que tal vez se había visto precisada á atentar contra su vida por librarse de sus persecuciones, le entró gran pesar

y arrepentimiento, y ordenó á sus servidores que la buscasen y le diesen noticia de su paradero si por acaso la enconrtaban.

Con la triste nueva de la desaparición de Zaida coincidió la satisfactoria para la reina de la embajada que la envió el caballero del Aguila Roja, con el jefe de los cuadrilleros, que todo tembloroso por haberse dejado sorprender y desarmar esperaba le sería impuesto un castigo proporcionado á la magnitud y enormidad de su falta; pero léjos de ser así, la reina le agasajó mucho en vista de que el mensaje del caballero del Aguila Roja le demostraba que no estaba tan olvidada de sus buenos vasallos, puesto que el citado caballero, que debía de ser muy rico sin duda, levantaba banderín de enganche en defensa suya y por consiguiente en contra de los rebeldes.

Informóse con el mayor cuidado la reina de todos los pormenores relativos á la mesnada del caballero del Aguila Roja, y como el miedo agranda las cosas y además el jefe de los cuadrilleros de la Santa Hermandad tenía interés en dejar á salvo su prestigio, no se anduvo con escrúpulos, y de buenas á primeras le dijo á la reina que componían la mesnada como hasta unos cien ballesteros de maza, todos ellos bravos y duros en el ejercicio de las armas, bien equipados y armados; y respecto á su capitán ó sea el caballero del Aguila Roja, dijo que era un cumplido y esforzado guerrero, de mirada noble, penetrante é imperiosa, que llevaba dibujada en el peto un águila rampantede color rojo y que todos ellos estaban al servicio del rey y la reina.

Pronto se corrieron estas noticias por toda la Córte y el rey se holgó mucho en ellas y mostró grandes deseos de ir á visitar al caballero del Aguila Roja, pero su madre se lo impidió. No les agradó de igual manera la noticia á los traidores y ambiciosos infantes D. Juan y don Enrique, porque pensaron que la tal mesnada y el tal caballero había sido organizada y dirigida en contra suya por el valeroso D. Alonso Perez de Guzmán, á quien todos temían por su heroismo, así es que andaban recelosos y todo se les volvía tratar de sondear el ánimo del rey con objeto de que, con la irreflexión propia de su edad, se le escapase algo que pudiera hacerles saber la verdad del caso; pero el rey como nada sabía nada supo decirles, sino lo que el jefe de los cuadrilleros había dicho, ponderando el valor del caballero incógnito del Aguila Roja, todo lo cual concluyó por asustar á los infantes que sospecharon que se les preparaba una celada, en la cuál el rey había tomado también parte.

En esto, y como á los planes de la reina convenía trasladar la residencia de la Córte á Valladolid, pues á todo trance quería que se reuniesen Córtes para darles cuenta del proyectado enlace de su hijo, y pedir á los pueblos algunos recursos, se hicieron los preparativos necesarios para la marcha, y de allí á pocos días salió la Córte en grandes cabalgatas con rumbo á Valladolid. Esta firme resolución de la reina y la rapidez con que fué puesta en práctica convenció más y más á los infantes de que algo se tramaba contra ellos, y como con ta-

les propósitos venían á tierra todos sus planes de apoderarse de la regencia, determinaron impedir á todo trance que los proyectos de la reina llegasen á madurar. Al efecto discurrieron presentarse en actitud hostil al frente de sus mesnadas respectivas, y haciendo aparato de fuerza intimidar á la reina, y en caso de que siguiese adelante en su empeño, romper toda clase de consideraciones y encender la guerra civil, con lo cual se las prometían muy felices, pues debilitada la monarquía, pobre y sin tropas que saliesen á su defensa, la corona peligraba en la cabeza de D. Fernando y á ellos les había de ser muy fácil apoderarse de ella.

Como la Providencia vela constantemente por los buenos, ocurrió que el moro Bindaez tuvo noticia de los malignos planes que fraguaban los infantes en contra de la reina, porque dió la casualidad de que un ballestero que estaba al servicio inmediato de D. Juan era compadre de Bindaez, y entre jarro de vino y buen tasajo le dió cuenta de lo que meditaban los infantes. Tiempo le faltó al moro para escribirla un pergamino al caballero del Aguila Roja, dándole noticia de lo que pasaba, y se lo mandó con el mayor sigilo á su campamento. Tan pronto como Zaida recibió el aviso dió orden á sus bravos de que estuviesen preparados para cualquier evento, y formándolos en orden de batalla les arengó diciendo:—Mis leales y aguerridos ballesteros. El mejor servicio de nuestra señora la reina D.ª María y de su augusto hijo el buen rey D. Fernando exigen de nuestra lealtad y bravura que las personas rebeldes de los infantes D. Juan y D. Enrique caigan en nuestro poder esta noche. Encargo á todos el mayor sigilo y acierto en esta empresa y os recomiendo muy particularmente que las personas de los expresados infantes sean respetadas. Si el éxito corona nuestros esfuerzos se os dará una paga extraordinaria en premio á vuestro celo y lealtad á la causa legítima del rey.

Esta arenga fué acogida con grandes muestras de regocijo por los ballesteros de Zaida, que seguían ignorando el verdadero sexo de su jefe, y como estaban muy satisfechos del buen trato que se les daba y de la agradable vida aventurera que traían, estaban deseosos de mostrar á su capitán que servían para las más arriesgadas empresas y que no en vano se les había escogido para estar bajo el mando de un tan cumplido como valiente caudillo. Llegada la noche y con el mayor sigilo Zaida se dirigió con su pequeña mesnada hacia el campamento de los infantes. Como á unos cien pasos de las tiendas hizo alto, se apeó y mandó á sus ballesteros que le aguardasen allí, y avanzando á pié ella sola se internó resueltamente en el campamento. Profundo silencio reinaba en las tiendas y solamente en una del centro se advertía claridad. Aquella tienda era la que servía de alojamiento á los infantes, y Zaida, tomando infinitas precauciones para que su presencia no fuese notada, se echó al suelo y arrastrándose llegó hasta las estacas que servían para sujetar los lienzos de la tienda. Quitóse el capacete y metiendo la cabeza por entre las amarras, al nivel del suelo, se

ofreció á su vista el interior de la tienda, en la cual estaban jugando á los naipes los dos infantes, sin que otra persona alguna les acompañase.

Con iguales precauciones se retiró Zaida, y sin ser notada su presencia por nadie salió del campamento y fué á unirse á sus bravos ballesteros. De diez que constituían la partida, dejó cuatro con órden de que aguardasen en el mismo sitio y con los otros seis se dirigió resueltamente á la tienda donde estaban los infantes, á los cuales sorprendieron y sujetaron sin darles tiempo á que pudieran darse cuenta de lo que les pasaba, y á fin de que no pudiesen pedir auxilio los amordazó, y en esta forma salieron todos del campamento sin que alma viviente, fuera de los prisioneros, se hubiese dado cuenta de lo que allí había pasado. Momentos despues la mesnada del caballero del Aguila Roja se alejaba á trote largo en dirección á los Cigarrales, llevando prisioneros á los infantes, que llenos de terror no esperaban ménos que pagar con la cabeza sus rebeldías.

## CAPÍTULO VI.

***En que el caballero del Aguila Roja le escribe á la reina, de la contestacion que tuvo, y de la fama que llegó á adquirir en toda Castilla por sus proezas.***

Despues de una nora de marcha, la compañía hizo alto, echaron pié á tierra los ginetes y fueron internados los infantes en una ancha gruta. El caballero del Aguila Roja se presentó á ellos cubierta la cara con un antifaz de hierro y los saludó del siguiente modo:—Acá estamos todos, señores infantes D. Juan y D. Enrique.—Es una alevosía infame lo que se ha hecho con nosotros, gritó lleno de coraje don Juan.—Calle el degüella niños y el roba mujeres, dijo el del Aguila Roja dirigiéndose á D. Juan que había degollado ante los muros de Tarifa con el mismo cuchillo de su padre al hijo de Guzmán, y que como sabemos había tambien robado al rey moro de Granada su hermosa hija.—Mordióse los labios el infante D. Juan lleno de coraje ante la salutacion del caballero del Aguila Roja, y preguntó airado:—¿Y tú, rufian y salteador de caminos, quién eres?—Yo soy, dijo siempre imperturbable Zaida, el poderoso y esforzado caballero del Aguila Roja, que ha venido al mundo para castigo de los traidores, como tú y el infante D. Enrique que te acompaña, los cuales en vez de ser defensores del noble hijo de Sancho el Bravo, sois sus más encarnizados enemigos.—¡Y á vos quién os mete en estos lances, dijo D. Juan, ni qué os

vá ní os viene en nuestros asuntos?—Alguien me meterá que vale más que vosotros, y algo me irá en vuestra prisión cuando os hallais bajo mi poder.—Es verdad, dijeron los dos prisioneros, pero nos cojiste por sorpresa y nó cara á cara, sin duda porque no eres capaz de ello.—Si alguno de vosotros, dijo el del Aguila Roja, quiere que le demuestre lo contrario, le honraré dejándole cruzar su acero con el mio.—No es necesario, dijo D. Enrique con cierta altivez, porque tus venas no albergan sangre real.—¿Y tú que sabes? dijo Zaida.—Lo sé porque ningun príncipe de la sangre real se tapa la cara como tú.—Eso será, dijo Zaida, porque la cara de los príncipes leales se avergüenza de verse en compañía con la de los traidores.

Guardaron silencio los presos sin duda temerosos de empeorar su situación y acabar trágicamente sus días, en lo cual bien se echaba de ver su poco valor moral, y Zaida despues de decirles que se hallaban prisioneros hasta nueva orden por el delito de alta traición, y de asegurarles que mientras estuviesen bajo su custodia nada tenían que temer, se despidió de ellos, y dejándolos bien vigilados se retiró á su tienda que allí cerca estaba y se dispuso para escribir á la reina doña María y participarle la prision de los dos infantes, cuya suerte ponía en sus manos.

Tomó de su escarcela un rollo de pergamino y dirigió á la reina el siguiente escrito:

«A mi señora la reina D.ª María de Molina. Por medio de vuestro fiel vasallo y leal servidor el jefe de los cuadrilleros de la Santa Hermandad de Toledo, teneis ya noticia, excelsa señora, de mi alzamiento en armas, con algunos bravos ballesteros, en defensa de los derechos legitimos de vuestro hijo el rey D. Fernando, á los cuales atentan, con la mayor falta de hidalguía y caballerosidad, muchos nobles ambiciosos, comandados y dirigidos por los traidores infantes D. Juan y D. Enrique. La angustia del real Erario, la santidad del derecho á vuestra guarda encomendado me impulsan, señora, á constituirme en servidor vuestro y de vuestro augusto hijo, y he levantado con recursos propios una pequeña mesnada que tenga á raya á los traidores del trono de Castilla que tan dignamente ocupa el nieto de San Fernando y del rey Sabio. Uno de mis servidores me dió confidencia secreta de los planes que contra la seguridad del Estado y vuestra propia personalidad fraguaban los infantes D. Juan y D. Enrique aprovechando la favorable oportunidad del traslado de la Córte á Valladolid, y bien penetrado de su maligna intención me apresté á estorbarla reduciéndolos á prisión y poniéndolos á disposición de vuestra magestad, como así lo hago por esta mi carta. La suerte que vos decretéis para los infantes rebeldes esa misma les será impuesta, pues habiéndonos alzado en armas yo y mis leales ballesteros para el mejor servicio de vuestra magestad, no estaría bien que sin conocer vuestra augusta voluntad sean decapitados como se merecen, en castigo de sus rebeldíias y traiciones—De vuestra magestad leal y firme vasallo que besa sus augustas plantas.—El

*caballero del Aguila Roja.*—En los Cigarrales de Toledo á 23 de Mayo, año de Nuestro Señor Jesucristo de 1301.»

Una vez escrito este pergamino, Zaida lo enrolló y selló y entrególo á uno de sus ballesteros, que partió para Toledo á marchas forzadas á fin de ponerlo en manos de la reina antes de su partida para Valladolid. Recibiólo con gratitud la reina y leyólo con sumo agrado, y mandando llamar al ballestero que lo había traido le hizo numerosas preguntas respecto á su capitán, pero nada en limpio logró saber si no es que el caballero del Aguila Roja era joven, bravo y rico como el ballestero lo podia atestiguar por la entereza y energía de su jefe y por la exactitud y riqueza de la paga, únicas circunstancias acerca de las cuales podía dar detalles fijos y seguros.

De allí á poco partió el ballestero con la contestación de la reina, después de haber sido agasajado y obsequiado con los mayores extremos de satisfacción. Zaida abrió el pergamino de la reina y vió que decía así:

«Al caballero del Aguila Roja.—He leido con suma complacencia vuestro pergamino, y por su discreción y el relato que de vos hizo el jefe de los cuadrilleros he venido en conocimiento de vuestros nobles propósitos en favor mio y del rey mi hijo. Bien se me alcanza que tan leales sentimientos no podrán nunca ser pagados cual se merecen, pero yo os aseguro que en mi corazon han hallado un eco profundo de gratitud, que jamás podrá ser entibiado. Vuestras previsiones respecto á la rebeldía de los infantes D Juan y D. Enrique bien se me alcanza por desdicha que son ciertas, pero sin embargo estimo que pasado el peligro del viaje que mi hijo y yó emprendemos mañana para Valladolid, será bien que los pongais en libertad sin hacerles el menor daño, no porque el castigo de que me hablais en vuestro pergamino deje de ser justo y haberlo ellos merecido, cuanto porque la clemencia debe ser en los reyes la virtud más predilecta y porque el rango de los presos impide que sean ejecutados tan en silencio como me proponeis. Por todo lo cual yo me holgaré mucho que ellos sean libres y puedan acudir como los demás vasallos del rey mi hijo á exponer sus quejas ó agravios en las Córtes de Valladolid. El cielo os guarde y os de fuerzas para llevar adelante vuestros nobles propósitos en favor de mi hijo, que así como yo ruega al Todopoderoso os preserve de todo mal.—En el Alcázar Real de Toledo, á 23 de Mayo, año del Señor de 1301.—*La Reina.*»

En cuanto Zaida hubo leido el mensaje de la reina, lo besó con trasportes de alegría pensando para su interior que los nobles sentimientos de la ilustre viuda de Sancho el Bravo le llevaban al extremo de perdonar á sus más encarnizados enemigos, pues el infante D. Juan se había hecho nombrar rey de Leon, de Galicia y de Sevilla, y el infante D. Enrique pretendía se reivindicasen en su persona los privilegios privativos de la grandeza á tomar las riendas del gobierno, con pre-

ferencia á la madre del rey y hasta tanto que D. Fernando su sobrino entrase en la mayor edad y pudiese tomar posesión del reino.

Acatando la órden de la reina mantuvo en prisión á los infantes, y pasados cuatro dias, cuando ya calculó que la Córte habia llegado á Valladolid, los hizo comparecer á su presencia y les dirigió la siguiente arenga:

«En estos momentos críticos en que Castilla se ve destrozada por toda clase de disensiones y rebeldías y en que disputan la corona al rey D. Fernando los infantes de la Cerda, cuyo derecho fué anulado por el rey Sabio de acuerdo con las Córtes celebradas en Segovia los años pasados de 1276, con arreglo á los fueros y leyes godas; yo, el caballero del Aguila Roja, os conmino á vosotros los infantes D. Juan y D. Enrique á que presteis juramento por la cruz de vuestras espadas á consagraros al mejor servicio de la causa legítima del rey nuestro señor D. Fernando el IV y á prestarle acatamiento y obediencia á su madre la reina D.ª María mientras la minoridad del rey, ó de lo contrario, aquí mismo seréis decapitados.»

Miráronse llenos de terror los infantes ante la amenaza y grave continente del caballero del Aguila Roja, que siempre les hablaba cubierto el rostro con su antifaz de hierro, y que rodeado de sus ballesteros aguardaba su respuesta. Imaginaron aquellos ilustres señores que la amenaza sería cumplida en todas sus partes, y mirando mas por su vida que por su deseo de hostilizar al rey, prestaron con toda solemnidad el juramento que se les exigía. Cumplido este requisito el caballero del Aguila Roja mandó que los infantes fuesen conducidos camino de Toledo, y que como á distancia de dos tiros de ballesta fuesen dejados en libertad. Así se hizo, y á poco rato regresaron los que custodiaban á los presos, cumplida la misión que se les había confiado.

Pasada una hora, Zaida dió á sus soldados la orden de marcha, y dirigiéndose por caminos reales con dirección á Valladolid partió al galope de sus caballos, perdiendo bien pronto de vista los Cigarrales de Toledo é internándose por las extensas llanuras de Castilla.

Gran ruido produjo en todo el reino la temeraria empresa del apresamiento de los infantes, y la fama de las hazañas del caballero del Aguila Roja llegó á extenderse de tal modo, que su nombre solamente aterrorizaba á los enemigos del rey y de la reina y servía por el contrario de consuelo y regocijo á los leales á la corona de D. Fernando. Contábanse proezas inverosímiles y actos de valor extraordinarios llevados á cabo por el caballero del Aguila Roja, y todas las gentes se devanaban los sesos procurando adivinar quién fuese. Unos decían que era el infante D. Juan Manuel, de quien se decía que estaba locamente enamorado de la reina viuda D.ª María de Molina; pero esta versión se abandonó bien pronto en vista de que el dicho infante se presentó én la Córte á desmentir personalmente estos rumores; otros decían que era uno de los hijos del infante D. Alonso de la Cerda, primo del rey, que había hecho renuncia á sus derechos á la corona, como sucesor directo

del primogénito del rey Sabio, muerto ántes que este monarca; pero tampoco prevaleció esta opinión en vista de que todos los infantes de la Cerda estaban en Aragón, bajo la protección y amparo de aquel rey, y en fin se hicieron infinidad de conjeturas ninguna de las cuales pudo confirmarse.

## CAPÍTULO VII.

*De la extraña visita que tuvo el caballero del Aguila Roja en su cabaña de la Selva, y de la no ménos extraña confidencia que en ella le hizo un monje venerable.*

Tan pronto como los infantes se vieron en libertad, se incorporaron á sus mesnadas con ánimo de tomar la revancha de los ultrajes que les había inferido el caballero del Aguila Roja y vengarse de él en la primera ocasión que se presentase. Firmes en su propósito de seguir conspirando contra la reina, se dirigieron á marchas forzadas á Valladolid, estableciendo su campamento á las puertas mismas de la ciudad, pero sin ademán hostil, sinó antes al contrario afectando el mayor beneplácito. Presentáronse á la reina D.ª María y dieron cuenta de como habían sido hechos prisioneros por sorpresa, y se quejaron muy amargamente al rey de haber sido tratados con semejante dureza de orden suya por el caballero del Aguila Roja, á lo cual la reina y D. Fernando les contestaron que no habían tenido arte ni parte en el secuestro, como así era la verdad, y para mayor demostrarlo sacó la reina el pergamino del caballero del Aguila Roja en que le noticiaba su prisión. Díjoles también que ignoraba quién fuese el tal caballero del Aguila Roja, por más que se echaba bien de ver que era uno de los más bravos y leales vasallos que tenía, como lo demostraba el solo hecho de levantar y sostener á su costa una numerosa mesnada con el exclusivo objeto de defender los legítimos derechos de D. Fernando. Con esto los infantes salieron corridos y avergonzados de la real Cámara, cada vez más sedientos de vengarse del atrevido y audaz caballero del Aguila Roja.

Mientras tanto, éste con su mesnada, que seguía siendo de solo diez ballesteros, se estableció en un apartado valle distante como una media hora de Valladolid, no lejos de una selva muy frondosa y solitaria que estaba en las orillas mismas del Pisuerga. Como la estancia prometía ser larga, mandó Zaida levantar una rústica cabaña con troncos de árboles, de dos pisos, para que sirviese de alojamiento el de abajo á los ballesteros, y el de arriba para ella. Como no hay nada

perfecto en la tierra, á pesar de que los ballesteros de Zaida estaban bien pagados y no tenían el menor motivo de queja de su capitán, á los pocos días de holganza empezaron á sentir los efectos del fastidio y á murmurar de la rigidez del caballero del Aguila Roja, que nunca se había dignado echar un trago de vino á su salud en compañía de sus soldados, ni se quitaba nunca, ni aun para dormir, el traje de guerra. Decían que esto era una falta de confianza, pues parecía no estar seguro de la lealtad de sus soldados. Entre murmuracion y correrías por los valles cercanos se pasaba el tiempo, y el caballero del Aguila Roja con su voluntad de hierro conseguía mantener vivo entre sus ballesteros el espíritu de disciplina.

Una tarde, hacia el oscurecer, y mientras los soldados de Zaida vivaqueaban cerca de la cabaña donde estaba á la sazon durmiendo el capitán y se asaba un mediano ternero en una grande hoguera, vieron dirigirse hacia ellos á un monje de aspecto venerable, con una larga y blanca barba que casi le llegaba á la cintura. En aquellos tiempos la presencia de uno de estos venerables monjes inspiraba gran respeto aun á los mayores malvados; así es, que los ballesteros se descubrieron todos humildemente á la llegada del monje, corrieron á besarle la mano y le invitaron á participar con ellos de su cena. El monje se escusó afablemente y preguntó por el capitán, y como le dijeran que se hallaba descansando, vaciló un instante entre marcharse ó mandar que le avisasen, y al fin decidiéndose por lo último suplicó á uno de los soldados que pasase recado al capitán de que quería hablarle.

A fin de que los ballesteros no pudiesen sorprenderla en circunstancias determinadas, como el sueño ú otras por el estilo y venir en conocimiento por algún detalle de su vida íntima del verdadero sexo á que pertenecía el tan temido caballero del Aguila Roja, había tomado la precaucion Zaida de prohibir en absoluto á sus soldados de que penetrasen en su habitacion, y para recibir toda clase de avisos cuando fuesen necesarios había dispuesto que tirasen de una cuerda, que se ataba al brazo y que pasando á través del suelo del piso principal de la cabaña salía al exterior y podía ponerles en comunicación. Los ballesteros vacilaban entre complacer al monje y el temor de que su capitán se disgustase si lo despertaban; pero viendo la insistencia del venerable y santo varon, uno de ellos, que hacía más particularmente los oficios de asistente del caballero del Aguila Roja, se dirigió resueltamente á la cabaña y tiró de la cuerda. Zaida, que no dormía, sino que por el contrario se hallaba tendida en el lecho vestida con su traje de guerra, dando libre curso á sus pensamientos, se incorporó, y poniéndose el capacete corrió á un ventanillo y se informó del aviso.

Al enterarse de la extraña visita del monje, su primer impulso fué el de negarse á recibirlo sospechando si bajo aquel hábito se ocultaría algún miserable sicario de los infantes, que vendría á vengar la humillacion de éstos, asesinando al para ellos tan invencible caballero del Aguila Roja; pero reflexionando que estaba rodeada de sus leales y

bravos ballesteros, y que muy bien podía el monje traer algún aviso secreto de la reina D.ª María, bajó á informarse, y ante el aspecto verdaderamente ascético del monje ya no dudó en escuchar sus pláticas.

—Soy el ermitaño de la Selva, dijo señalando hacia ésta, y la casualidad me ha proporcionado la ocasión de prestaros un señalado servicio. Zaida se dispuso á escuchar, pero á un gesto del monje comprendió que lo que tenía que manifestar quería decírselo á solas, y deseando complacerle y estar alerta para cualquier evento, llamó á uno de sus soldados y en voz baja le dió algunas órdenes que no tenían más objeto de que á la menor señal que les hiciese ó notasen algo extraño subieran todos los ballesteros. Tomada esta medida de precaución, Zaida subió á su habitación de la cabaña acompañada del monje.

El interior de la habitación del caballero del Aguila Roja no podía ser más sencillo y sóbrio. En un rincón el lecho, humilde y propio de un hombre de guerra, que debe estar siempre dispuesto á la pelea; una mesa muy rústica, y dos ó tres tarugos para sentarse. Una lanza en otro rincón, un escudo de cuero en la pared y diferentes efectos de guerra por diversos sitios. Zaida invitó al ermitaño de la selva á tomar asiento y ella lo hizo enfrente. Una vez que se hubieron colocado, el monje echó atras la capucha y dejó al descubierto la más noble y venerable cabeza que pueda imaginarse. Una lustrosa, limpia y blanquísima calva coronaba una fisonomía expresiva, inteligente y afable. Los ojos, colocados sobre una nariz recta y dilatada, eran al mismo tiempo de mirar penetrante y dulce y revelaban un espíritu varonil con absoluto dominio sobre las pasiones; una blanca y luenga barba que casi le llegaba á la cintura completaba el aspecto venerable del monje, que venia á frisar en los setenta años;, pero se comprendia bien que á pesar de su avanzada edad, conservaba la energía de espíritu y la fortaleza de cuerpo que solo es patrimonio de las naturalezas privilegiadas.

Zaida, puesto un capacete de hierro y la gargantilla de que tanto uso hicieron los guerreros de aquella época, solo dejaba libre á la inspeccion del monje el óvalo del rostro, temerosa de que el ermitaño pudiese comprender el sexo á que pertenecía; más á pesar de tantas precauciones algo extraño debió observar el monje en el rostro del caballero del Aguila Roja, cuando vaciló algunos minutos en romper la conversación, como si de pronto le hubieran asaltado extrañas ideas respecto al bravo caudillo de los ballesteros. ¿Era que le preocupaba la confidencia que deseaba hacer al caballero del Aguila Roja, ó que le asombraba ver en un guerrero tan joven virtudes tan extraordinarias como las que revelaban la sobriedad del aposento y la bravura de sus soldados, ó que con su escrutadora mirada había descubierto el misterio que envolvía la existencia aventurera de la infeliz infanta mora? No era fácil averiguarlo tan rápidamente como Zaida quería; pero sea de ello lo que quiera, el hecho es que despues de una pausa bastante larga el ermitaño rompió el silencio diciendo: —¿Teneis

absoluta confianza de la lealtad de vuestros soldados?—Zaida se quedó algun tanto sorprendida por tan extraña pregunta, que no sabía á qué móviles achacar; pero repuesta instantaneamente de la sorpresa dijo:—Son hombres de guerra tomados á sueldo, y como todas las gentes mercenarias, no tienen más Dios ni más rey que el interés de la paga.—¿Es decir, repuso el monje, que no respondeis de su lealtad?—En absoluto no; pero os garantizo, dijo el caballero del Aguila Roja, de que están dispuestos á obedecerme ciegamente porque les pago con toda puntualidad sus salarios y aun les suelo dar alguna cosa extraordinaria.—Pues bien, dijo el monje, yo os digo que entre vuestros ballesteros hay uno que os hace traición.

Levantóse Zaida con rapidez al escuchar la afirmación del venerable anciano, como si una víbora la hubiese mordido de pronto.—Sí, continuó el ermitaño viendo el efecto que le había producido su confidencia al caballero del Aguila Roja; entre vuestros soldados se oculta un traidor, pero la Providencia que vela constantemente por los buenos me ha hecho conocer á tiempo una vileza de vuestro soldado, y me envía de mensajero para evitar la desgracia que os amenaza.—De nuevo creció la sorpresa de Zaida ante las declaraciones del ermitaño, y éste comprendiendo la ansiedad en que se encontraba el caballero del Aguila Roja, explanó su confidencia en los siguientes términos:

—Allá en lo más profundo de la Selva y escondida por las espesas, altas y añosas encinas que forman á su alrededor como una muralla vegetal casi infranqueable, se alza una humilde y pequeña ermita consagrada al Cristo llamado de la Selva y á cuya guarda y servicio estoy consagrado hace algunos años en expiación de mis grandes y pasadas maldades. Hará poco más de una hora, rendido por la rudeza de mis voluntarios y constantes ejercicios espirituales, me sentí indispuesto y ávido de aspirar el suave y fresco ambiente de la selva, y saliéndome de la ermita me eché en el suelo en un sitio retirado. Ya empezaban mis párpados á cerrarse y el sueño á cernirse sobre mis abatidas fuerzas corporales cuando sentí rumor de voces, que me hicieron fijar la atención por lo próximas y por ser muy poco frecuente la hora y el sitio para platicar. Sin especial empeño de mi parte para enterarme de lo que hablaban aquellas voces me ví precisado á escuchar, y bien plugo al cielo colocarme en situación favorable para enterarme de todo, porque así puedo evitar que se cometa el horrendo crimen que allí acaba de concertarse.

Calló el monje, y Zaida, no pudiendo resistir los nobles impulsos de gratitud hacia el ermitaño en que rebosaba su corazon, se arrodilló ante el venerable anciano y besó humildemente la mano que le tendió el piadoso anacoreta.—La muerte que se acaba de concertar en la selva al pié mismo de la Cruz de piedra, que se alza en medio de la senda que conduce á la ermita, es la vuestra, continuó el anciano, y me he apresurado á venir con objeto de preveniros. Vuestra muerte debe interesar á algun poderoso de la Córte, porque el emisario que ha traido

vuestra sentencia entregó á vuestro desleal soldado una bolsa bien repleta y desapareció hacia Valladolid.—¿Conoceriais al soldado traidor que tiene el cargo de asesinarme? dijo Zaida.—Sí, contestó con seguridad el anciano.—¿Y él á vos?—Nó, porque ni siquiera ha sospechado que tan cerca estaba el brazo de la Providencia que había de estorbarle su crimen.—Está bien, dijo Zaida con acento lúgubre. Y guardó silencio.

## CAPÍTULO VIII.

*En que el caballero del Aguila Roja hace justicia ejemplar y el ermitaño de la Selva cuenta su historia y Zaida la suya, y del pacto que celebraron.*

Cerca de media hora permanecieron en silencio Zaida y el monje, ella absorta en sus pensamientos y él en sus rezos. Al cabo de ese tiempo y como si hubiese adoptado una resolución exclamó Zaida:—Padre mío, la extraordinaria merced que me habeis hecho salvándome la vida, exige de mi parte una prueba de gran confianza y quiero dárosla rogándoos que ceneis conmigo. El ermitaño se excusó, pero hizo la velada al caballero del Aguila Roja. Ya muy tarde quiso retirarse, pero Zaida le rogó que aguardase al día y pasaron el resto de la noche hablando de los peligros á que estaba expuesta Castilla con la multitud de bandas que se disputaban el gobierno y aun la corona de don Fernando. Al amanecer, Zaida se asomó al ventanillo y dió tres toques de bocina que indicaban á sus soldados que estuviesen preparados para la marcha, y una vez que estuvieron formados preguntó al monje quién era el traidor. El anciano señaló sin vacilar á uno, y sin aguardar á más pidió su caballo Zaida y rogó al ermitaño que tuviese la bondad de acompañarlos en la partida, á lo cual accedió gustoso, y dejando en la cabaña al ballestero que hacía las veces de asistente, y entregándole al ermitaño el caballo de éste, dióse la orden de partir.

Zaida y el monje iban al frente de la mesnada y todos al galope sin pronunciar palabra. Los ballesteros iban preocupados por ignorar el objeto de la partida, pero bien pronto salieron de dudas, pues al llegar á la Cruz de piedra, el caballero del Aguila Roja mandó hacer alto y volviéndose á los ballesteros dijo:—¿Estais satisfechos de la paga?—Sí, contestaron todos á una voz.—¿Os acordais del juramento que prestasteis al alistaros bajo mi bandera?—Sí, contestaron todos.—Pues bien, dijo Zaida con voz firme, yo tambien me acuerdo del castigo que entonces establecí para los perjuros. Ballestero Jarote, dijo afirmán-

dose en los estribos, un paso al frente.—El soldado allí llamado avanzó con su caballo hasta separarse de sus compañeros, y Zaida le dijo:—Rendid las armas.—Acto seguido mandó ponerle preso, y cuando sus órdenes hubieron sido cumplidas dirigió á los ballesteros la siguiente arenga:—Jarote ha hecho traición á sus juramentos y ha aceptado el compromiso de asesinar á vuestro capitán, por cuya razón debe morir ahorcado. Cúmplase mi sentencia.—El preso se puso densamente pálido y pidió gracia, pero Zaida con la mayor energía señaló dos ballesteros del grupo y les mandó ejecutar la orden que había dado. Cinco minutos despues, Jarote pendía cadáver de los brazos de la Cruz de piedra, pagando su traición con la vida.

Registrósele la ropilla y se le encontró la bolsa con cuatrocientos ducados en oro y un pergamino con las armas del infante D. Juan que probaba de una manera indudable su culpabilidad. Todos los ballesteros pasaron por delante del cadáver de Jarote, y despues Zaida los arengó diciéndoles que al que no le agradase estar á su servicio que lo dijera y quedaría libre de todo compromiso y marcharía.—Todos reiteraron su adhesión al capitán y éste dijo que así como había mandado ahorcar á Jarote los ahorcaría á todos si fuesen traidores al compromiso que voluntariamente contraían y ratificaban. Momentos despues estaban todos de regreso en la cabaña.—Padre mio, dijo Zaida al ermitaño despues que hubieron regresado de la ejecución, ¿qué os ha parecido mi rigor?— Muy saludable, replicó el monje, y para que veais el aprecio en que os tengo os voy á contar la historia de otro traidor como Jarote, si bien de mayor jerarquía que vuestro ballestero, pues llegó á ocupar en la Córte de D. Sancho el Bravo tal preponderancia que podía más que el rey. Zaida se dispuso á escuchar y el ermitaño de la Selva comenzó su relato de este modo.

A consecuencia de las largas guerras que tuvo que sostener don Sancho para asegurar en sus sienes la corona de su padre D. Alfonso el Sabio, llegó un momento en que la monarquía se debilitó y en que se halló en peligro de sucumbir entre los horrores de una guerra civil y las complicaciones de la guerra contra los moros. En tal situación, D. Sancho necesitaba el auxilio de Francia ó el de Aragon, reinos que entonces eran poderosos y con cuyos respectivos reyes estaba D. Sancho en buenas relaciones; pero como daba la casualidad de que el rey de Francia y el de Aragón eran enemigos hasta el punto de estar en guerra á la sazón, D. Sancho no sabía por quién de los dos decidirse y con cuál de ellos celebrar alianza. No le convenía enemistarse con el rey de Aragón, porque allí se habían refugiado los infantes de la Cerda, desposeidos de la corona de Castilla por su abuelo don Alfonso el Sabio, en razón de haber muerto su padre ántes de la muerte del rey y de pasar la herencia del trono por esta causa á su segundo hijo D. Sancho; pues mientras los Cerdas estuviesen en Aragón nada tenía que temer de sus pretensiones á la corona de Castilla y siendo él amigo del rey de Aragón. Pero tampoco le convenía inclinarse mucho

á este rey, porque entonces podía enemistarse con el de Francia, cuyo poder era por aquella época muy grande y podía servirle su apoyo para vencer á todos cuantos le disputaban la tranquila posesión del trono de Castilla, aparte de que el mismo rey de Francia podía, una vez desairado, vengarse de D. Sancho y declararle la guerra.

Para salir del apuro en que se encontraba, D. Sancho, que siempre había mostrado gran respeto á la opinión de sus pueblos, convocó Córtes en Alfaro el año de 1286, y se encontró con que la mayoría de los representantes del pueblo, de la nobleza y del clero, ó sea de los tres estados, opinaba que la alianza que convenía á D. Sancho era la de Francia y no la de Aragón. Contra este parecer unánime se levantó el conde D. Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, quien dijo con muy malos modos y gran altanería que aquello estaba mal hecho y que él abogaba por el aragonés, en contradicción de D. Sancho, de los prelados y de todo el Consejo Real. Irritado D. Sancho de ese proceder, se salió de la sala, tomó conocimiento del número de tropas que había llevado, preparó las suyas, y volviendo á entrar intimó á D. Lope que se entregase preso. La respuesta de éste fué gritar á los suyos y dirigirse cuchillo en mano hacia donde estaba el rey, pero interponiéndosele la guardia de D. Sancho le cortaron de un tajo la mano derecha con que blandía el cuchillo y cayó muerto de un golpe de maza. El infante D. Juan, amigo y compañero en las maldades de D. Lope, solicitó con otro puñal abrirse paso y logró herir con él á algunos; y hubiera muerto indudablemente á no acogerse al regazo de D.ª María que le salvó.

Los ballesteros del conde D. Lope recogieron el cadáver de su señor, pero con agradable sorpresa vieron que todavía daba señales de vida; y temerosos de la ira del rey, lo que hicieron fué ocultar el cuerpo magullado, pero vivo, de su señor, y en su lugar pusieron á un pobre pastor á quien mataron y colocaron en el ataud destinado al conde, cuyos funerales se hicieron con el mayor boato y ostentación, asistiendo el mismo rey D. Sancho al entierro, pues á parte de sus resentimientos con el de Haro le tenía gran afecto, porque él fué quien influyó más en el ánimo de D. Alfonso el Sabio para que otorgase la corona á D. Sancho y desheredase á los hijos del infante D. Fernando de la Cerda, muerto prematuramente.

Zaida asombróse mucho de la relación del ermitaño, pues había oido hablar varias veces en la Córte de la trágica muerte del conde D. Lope y de sus rebeldías, pero jamás de que su muerte hubiera sido supuesta, á lo cual el monje, poniéndose de rodillas, y elevando al cielo los ojos dijo:—Yo soy el conde D. Lope, el traidor, el ambicioso, el regicida, el perverso, el principal fautor de los males que pesan al presente sobre Castilla y sobre su ilustre y desgraciada reina. Quedóse Zaida, ó sea el caballero del Aguila Roja, fría y estupefacta con la revelación del monje, el cual, para mayor testimonio de la veracidad de su relato, alzó el brazo derecho, que tenía mutilado, y mostrando el

muñón á Zaida, dijo:—Hé aquí el brazo criminal que se alzó contra su rey y señor blandiendo el puñal homicida; hé aquí el brazo mutilado por los soldados de D. Sancho.

Repuesta Zaida del asombro que esta escena la había producido, el ermitaño continuó su relato de este modo:—Larga y dolorosa fué mi convalecencia, porque los golpes que sobre mí cayeron en las Córtes de Alfaro, fueron muchos y graves; pero si fué larga tambien fué provechosa para la salvación de mi alma, porque durante ella tuve lugar de reflexionar acerca de mis maldades y de comprender la enormidad de mis faltas, tanto que tenía pensamiento de haber solicitado el perdon de D. Sancho; pero una circunstancia me hizo desistir de este laudable propósito, y fué el haber sabido la indigna muerte que se dió al pobre pastor, á quien en mi lugar se dió sepultura con todo el aparato, solemnidad y honores correspondientes á mi alta jerarquía en la Córte; y reflexioné que estando muerto para el mundo y pesando sobre mí la responsabilidad de la muerte alevosa dada al inocente pastor que tuvo el triste privilegio de ocupar mi puesto en tan horrible trance, lo mejor que yo podía hacer era apartarme de las borrascas del mundo y consagrar el resto de mis días á orar y hacer penitencia en expiación de mis pasados errores, implorando la divina misericordia por la muerte del infeliz pastor, sobre cuya lápida sepulcral estaba grabado mi nombre.

El monje hizo una pausa y despues continuó: Firme en mi propósito, manifesté á mis leales servidores el irrevocable proyecto que había formado y les exigí juramento de que habían de guardar el secreto de mi salvación, y obtenido su silencio me dirigí á la ermita de la Selva, y me presenté al ermitaño á quien referí mi historia; el cual me recibió con los brazos abiertos, y á su muerte, ocurrida dos años despues, ocupé yo su lugar y han pasado ya doce años bien cumplidos desde que llevo esta vida de penitencia y ascetismo. Animada Zaida por la confidencia del buen ermitaño, le reveló su verdadera situación y como por huir de los devaneos y amores del rey se había consagrado al duro ejercicio de las armas, de lo cual se holgó mucho el monje, el cual dijo que toda vez que la reina D.ª María y el rey D. Fernando su hijo estaban rodeados de traidores y faltos de servidores fieles y leales, que le parecía aviso del cielo el haber conocido á Zaida y que así determinaba consagrarse al mejor servicio del rey ya que tan desleal había sido con D. Sancho.

Parecióle de perlas al caballero del Aguila Roja semejante propósito, pues el ermitaño, ó sea el conde D. Lope, le reveló que hacía muchos años tenía enterrados grandes caudales y riquezas, temeroso de que el rey D. Sancho se las quitase, las cuales por haber sido adquiridas malamente las tenía abandonadas desde que había tomado el hábito anacoreta, y que ahora le parecía bien utilizarlas en honor y servicio del rey y de su madre. Convenidos en esto, Zaida y el ermitaño celebraron un pacto solemne de consagrarse á auxiliar en todo

y por todo á la reina, para lo cual determinaron aumentar la mesnada hasta dos mil ballesteros, es decir, el doble de lo que era la más numerosa entre las que habían alzado en armas los rebeldes.

## CAPÍTULO IX.

*De cómo Zaida y el ermitaño aumentan la mesnada, y autorizado el matrimonio del rey por las Córtes de Valladolid éste se casa, y Zaida, libre de sus persecuciones, vuelve á la Córte, donde vivió muchos años, y de la cristiana muerte que tuvo.*

En cumplimiento del pacto que hicieron Zaida y el ermitaño, partieron al otro dia para Bribiesca, donde el conde tenía enterrados caudales cuantiosos, y los desenterraron, y de allí se fueron á Valladolid, donde el caballero del Aguila Roja publicó un pregón de enganche diciendo que tomaría á sueldo, con puntual y limpia paga, á cuantas gentes de armas se le presentasen dispuestas á defender á la reina y al rey. Corrióse la voz en seguida y á los rebeldes les asustó el aparato de guerra con que se presentaba el caballero del Aguila Roja, el cual en pocos dias alzó un campamento junto al de los infantes rebeldes, en el que se estableció con su numerosa, lucida y aguerrida mesnada. El ermitaño tomó el nombre de caballero de la Barba Blanca, y vistiéndose un traje de guerra figuró en la mesnada como un segundo capitán.

Con esto y la fama que ya tenía de antes el caballero del Aguila Roja cobraron gran temor todos los ambiciosos y rebeldes y se celebraron las Córtes de Valladolid con toda solemnidad, y libres de la presión de los grandes acordaron adelantar, en vista de lo extraordinario de las circunstancias, la mayor edad del rey, al cual juraron fidelidad y obediencia y confirmaron en todos sus derechos reales. Asimismo aprobaron el matrimonio del rey con la infanta D.ª Constanza de Portugal, hija del rey D. Dionis, y á más de esto, queriendo dar una muestra de alto aprecio á la reina madre D.ª María, votaron un mensaje de confianza, en el cual se aprobaban todas cuantas cosas se habían hecho durante la regencia.

Los infantes D. Juan y D. Enrique y los demás rebeldes, viendo que con la declaración de mayor edad del rey hecha antes de tiempo se les escapaba la ocasión de apoderarse de las riendas del mando, quisieron protestar de la decisión de las Córtes; pero no bien lo hubieron hecho, el caballero del Aguila Roja, que allí estaba presente, les recordó el juramento que le prestaron por la cruz de sus espadas al

ser puestos en libertad en los Cigarrales y por medio del cual se habían comprometido á consagrarse en adelante al mejor servicio de la reina y el rey; y les dijo que si no se acordaban, él había ido allí para recordárselo y hacerles cumplir lo prometido de grado ó por fuerza.

Amedrentados los infantes con el razonamiento del caballero del Aguila Roja, y sabiendo que tenía bien guardadas las espaldas por su brillante mesnada, se mostraron conformes con todo y juraron obediencia al rey D. Fernando; por supuesto, con el firme propósito de hacerle traición á la primera oportunidad que se presentase. De allí á poco se celebraron las bodas reales de D. Fernando y D.ª Constanza con general aplauso de los pueblos, y se celebró con toda pompa la ceremonia de su coronacion, á la cual asistieron el caballero del Aguila Roja y el de la Barba Blanca, cubiertos los rostros como tenían de costumbre con sus antifaces de hierro, bajo pretexto de haber hecho voto sagrado de no descubrirse hasta limpiar á toda Castilla de rebeldes y ambiciosos ó pudiese el rey D. Fernando gobernar sus pueblos con toda tranquilidad y sosiego. El rey y la reina D.ª María, su madre, agradecidos á los dos bravos capitanes, quisieron premiar sus relevantes servicios, pero ellos declinaron tan señalada honra diciendo que su mayor premio era la satisfacción de poder ser útiles á la causa del trono.

Pasados dos años bien largos, en que el rey pudo desembarazarse de todas las dificultades que le presentaban los traidores y asegurar sobre sus sienes la corona de Castilla, mandó el caballero del Aguila Roja un pergamino á la reina madre por conducto del fiel moro Bindaez, en el cual solicitaba una audiencia secreta para él y para su compañero el de la Barba Blanca, y la noble señora se apresuró á complacerlos citándolos al efecto en sus habitaciones particulares, y dando órden á su fiel Bindaez de que se encargase él mismo de conducir á los dos capitanes con todo sigilo á su presencia.

Hízolo así el noble moro, y los dos caballeros fueron introducidos á la hora convenida en la cámara de la augusta viuda del rey D. Sancho el Bravo. Ambos caudillos doblaron la rodilla ante la ilustre reina, y despues de una larga pausa les dijo:—¿Qué desean mis bravos y leales caudillos?—Ante todo pediros perdón, dijo el del Aguila Roja quitándose el antifaz de hierro. Quedósele mirando la reina, y despues de un buen rato en que la sorpresa, la vacilación y la alegría se dibujaron en su augusto rostro, se arrojó en sus brazos exclamando:—¡Ah, mi buena Zaida! ¿quién os podría adivinar bajo ese traje de guerra? —Zaida correspondió cariñosamente á las demostraciones de afecto de la reina su madrina y le refirió en breves palabras toda su historia desde el momento en que se ausentó de la Córte sin omitir el feliz encuentro con el ermitaño de la Selva.

Cuando Zaida hubo terminado la historia del ermitaño, el caballero de la Barba Blanca se quitó su antifaz, é hincando en tierra la rodilla

exclamó:—De aquí no he de moverme hasta que la ilustre viuda de don Sancho, á quien tanto ofendí en vida, me perdone mis pasadas traiciones y rebeldías.

Mucho se asombró la reina del suceso de la resurrección del conde, á quien como todo el mundo creyó muerto en las Córtes de Alfaro, en vida de su difunto esposo el rey D. Sancho; pero no pudiendo menos de dar crédito al testimonio de sus propios ojos, que allí mismo le presentaban arrepentido y contrito al conde, á quien reconoció por haberle tratado mucho y visto de cerca en vida, le dijo toda emocionada:—Alzad, D. Lope, que yo os perdono de todo corazón vuestras rebeldías pasadas como lo haría, si viviese, mi noble esposo, y me huelgo mucho de que Dios os haya tocado en el corazón y os haya apartado de la mala senda que seguiais. Levantóse el conde y siguieron todos tres la plática, y Zaida dijo que estando ya curado el rey de sus pasadas locuras había determinado, prévio el beneplácito de la reina, volver á tomar de nuevo su traje natural y recuperar la tranquila existencia propia de su sexo, y que el conde quedaría al frente de la mesnada, sin perder el incógnito, para espanto de los traidores. Alegróse mucho la reina de semejante resolución, y allí mismo recobró Zaida su pristino estado femenil.

Bien pronto circuló por toda la Córte la nueva del regreso de la infanta mora ó sea D.ª Maria de Granada, cuyo acontecimiento llenó de regocijo á todo el mundo, y como esta nueva coincidió con la desaparición del bravo caballero del Aguila Roja, muchos se dieron á cavilar sobre las extrañas semejanzas que había entre la infanta y el famoso caudillo; pero como nunca podían sacar nada en claro, cada cual se quedó con sus conjeturas.

El rey también se alegró mucho del regreso de Zaida; pero olvidando por completo sus pasados devaneos mostró la más leal y noble amistad á Zaida, sin hacer referencia para nada á sus antíguos amores.

Pasado algún tiempo se supo la muerte del rey Yusuf de Granada, y como había perdonado á su hija, vinieron emisarios del reino granadino á ofrecer sus respetos á la hermosa Zaida; pero ella, agradeciendo mucho sus homenajes, los despidió diciendo que sentía no poder aceptarlos pues se había hecho cristiana y quería pasar el resto de sus dias en Castilla al lado de su madrina la ilustre reina D.ª María. Fuéronse tristes los emisarios moros para su tierra, y Zaida quedó al lado de la reina, y aun cuando se le presentaron muy ventajosos partidos para casarse, entre ellos el infante D. Juan Manuel, que se ha hecho célebre en la historia por los muchos manuscritos y trabajos literarios que dejó escritos, á todos los rechazó y vivió largos años al lado de D.ª María de Molina.

Habiendo muerto el rey D. Fernando, llamado despues el *Emplazado*, á consecuencia de la muerte dada á los hermanos Carvajales, que fueron injustamente acusados y condenados, y los cuales, en el

trance de la muerte emplazaron al rey ante el tribunal de Dios en el término de 30 dias para que respondiese ante Él de su justicia, quebrantóse la salud de la reina madre, y murió poco despues llorada por todos los pueblos.

Zaida no pudo sobrellevar este duro golpe y murió también poco tiempo despues, dentro del seno de la Iglesia, edificando á todos con su cristiana devoción y recibiendo sepultura en la Catedral junto á los reyes de Castilla.

Así terminó su vida la esclarecida dama D.ª María de Granada, ó sea el caballero del Aguila Roja, tan célebre por su valor como por sus proezas.

**FIN.**